

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 85

*Providence College Centennial (1917-2017):
Literatura Latinoamericana y Lectura Global*

Article 32

2017

Sunset Gardens

Edwin Murillo

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Murillo, Edwin (April 2017) "Sunset Gardens," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 85, Article 32.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss85/32>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

Edwin Murillo

SUNSET GARDENS

En la parte norte de Houston, a unas quince millas de la alcaldía ubicada en la calle Bagby, está un vecindario de mierda llamado *Sunset Gardens*. Sin duda, una burla de algún burócrata escamoso, aunque tal vez sea un caso de sadismo, ya que poco tiene de puesta de sol y nada de jardín. Como para rematar el tema, un detalle más... Yale es la calle principal de dicho barrio. Una búsqueda rápida en *Google Earth* (o lo que esté *en vogue* en su mundo) confirmará que esa maldita vecindad sigue sobrepoblada de casas portátiles, perros callejeros y rejas oxidadas, y por supuesto, un sinfín de desperdicios. En aquel lugar había no hace más de veinte años (lo estoy contando en el 2016) una iglesia pentecostal, a día de hoy misericordiosamente borrada por siempre de la faz de la tierra.

En una de esas casas portátiles, a poco más de trece metros de la entrada principal del templo, vivió un tal Jairo, que con sólo nueve años ya había visto suficiente de este mundo. Ojos sobresaltados, trigüeño y cabeza algo malformada, la madre le hacía pasar horas interminables en cultos dominicales. Atrapado en ese edificio pestilente él no podía hacer otra cosa más que maravillarse al ver tan curioso espectáculo, todos los piadosos, llorando en lenguas que él nunca más oyó en su vida. Eran momentos de voyerismo paralizante, el balbuceo arrítmico de esa jerga indescifrable llenando el templo de lamentos ensordecedores. Ese sufrimiento ajeno Jairo lo tuvo que soportar domingo tras domingo, al igual que un rito siniestro del padre: enviarlo a pescar aluminio. El rito consistió en un deambular, saco en mano, por las calles de *Sunset Garden*, y otros vecindarios miserables, en busca de todo tipo de producto reciclable. Los premios más deseables eran latas, papeles o viejos marcos.

Desafortunadamente, esas excursiones siempre lo aproximaron a los peores sujetos del barrio, y a los caprichos de la multitud de perros sarnosos. Por el resto de su vida, el domingo despertó una amargura especial para Jairo y nunca pudo superar la costumbre de odiarlos.

Las "expediciones", eufemismo del padre, acontecían sin importar los pronósticos climáticos, a partir del culto. Dada la imprevisibilidad de los pastores invitados, que poseían el don de prolongar casi infinitamente los sermones (la congregación entendía que la inspiración divina no se regía por nuestro concepto de tiempo terrenal), a veces las expediciones comenzaban en las últimas horas de la tarde. El padre de Jairo, un carpintero sin título que también trabajó de pastor evangélico y contrabandista de relojes, le dijo que esas excursiones dominicales demostrarían la valentía del peladito, y que eran una tradición familiar que él también soportó por el bien de su familia. Años después, su abuela paterna le contaría otra historia.

Antes de ser enviado, el carpintero lo sermoneaba. Casi siempre, como para convencerse a sí mismo, él hablaba sobre la importancia de enfrentarse a la vida sin miedo y en otras ocasiones los desvíos narrativos lo llevaban a confesar secretos familiares. Para Jairo esas historias de paternidades comprometidas e hijos abandonados parecían telenovelas mal producidas, pero no lo eran, serían lo más mágico que conocería hasta que oyera las leyendas de los traquetos paisa. Muchas veces sospechó que el carpintero exageraba, pero cuando vio por primera vez las playas de Manuel Antonio y a su prima Lucy, ojos azules y mechales alborotadas, por fin entendió que la distancia entre la verdad y su padre era casi inexistente. Notó inmediatamente un parentesco innegable en el azul profundo de los ojos de ella y las impresionantes aguas del Pacífico. Ya de grande, Jairo nunca pudo entender la contradicción...el abandono del paraíso para vivir de prejuicios y maltratos. Alguna vez Jairo pidió una explicación, pero sólo se ganó la fría mirada del carpintero, quien nunca reconoció su propia traición. Él, que nunca tuvo padre, le negó lo mismo a otro. Ese otro también sufrió de ausencia, pero eso, buen lector, es una historia aparte.

La primera vez que salió, el carpintero lo trató de animar con la historia de una aventura que él había disfrutado con su abuelo en las montañas de Toro Amarillo. Pero ese cuento de hadas se fue al carajo cuando Jairo sintió por primera vez el frío crepuscular de una Pepsi aplastada. Casi de inmediato, Jairo entendió. Esas latas, muchas de ellas escondidas en pequeñas montañas de porquerías, eran indispensables ya que el carpintero había quedado sin trabajo otra vez por causa de su temperamento legendario. A partir de entonces, Jairo peregrinó sólo por distintas calles, mendigando todo desperdicio reciclable...papel aluminio, cubiertos, recipientes, latas...todo. Después, con las bolsas plásticas

sobrepasadas, comenzaba el segundo acto de esa obra absurda. Uno por uno, cada artículo recogido era *preparado*. Cada premio era compactado, para ahorrar bolsas, y a cada lata se le insertaba pequeñas piedras para aumentar su peso total.

Aquel primer domingo de expedición, después de un culto larguísimo, Jairo despertó balanceándose precariamente. Estaba al borde de un precipicio, un pequeño acantilado con aroma a mierda. El culto había terminado y ahora, sin haberse dado cuenta, estaba allí, a la intemperie. Una vergüenza tremenda se desparramó desde sus párpados hasta llegar al estómago vacío. El aullido del viento era incesante. Vio una lata, pero Jairo se debatió entre exponer su mano al invierno para cogerla. Esa Pepsi sumergida, casi totalmente congelada, pareció burlarse de él. Al estrechar la mano desnuda soltó un solemne murmullo:

-Shit...

La fuerza en su mano derecha no conquistó la barrera de hielo y un segundo esfuerzo herculino sólo logró abrir una herida. Rejuvenecido por el dolor y el calor deslizándose por sus oídos, Jairo descargó su ira contra el pasto con la misma gentileza paternal con que el carpintero desahogaba sus propias impotencias con el televisor. Resentido, pateó el hielo y el zapato absorbió frío y agua con mucho más entusiasmo de lo esperado. Jairo desesperó, mientras unas lágrimas impertinentes aprovechan la ocasión para escapar. Corrieron disolutas, dejando sus huellas sobre el rostro del muchachito. Misericordiosamente, en aquel momento, apareció la voz de la abuela, para que no se sintiera tan sólo. Sus palabras lo acariciaron como siempre y en un suave acento santandereano, como consuelo se oyeron:

-Párese m'jito, que no se me vaya a resfriar...

Jairo miró a su alrededor, sonrió al oír a su abuela, pero sus ojos chocaron con el cadáver descompuesto de un gato atropellado y quedó tenso. Jairo notó que la sensación en su pie izquierdo, empapado de frío comenzó a desaparecer, como si el pie se desprendiera del cuerpo. Un millón de agujas despertaron lentamente, suficiente motivación para intentar escapar. Un último pujar rescató al pie y Jairo rabioso quedó postrado sobre el pasto como un juguete abandonado. Mientras tanto, el atardecer quemaba minutos y segundos.

Después de un tiempo indefinible, se reincorporó y siguió hinchando la bolsa de plástico. El contraste de la enorme bolsa y Jairo fue notable. Su pequeñez tan insignificante. El cansancio lo empezó a vencer y casi simultáneamente maldijo las latas, el frío y al carpintero. Pero una sensación mucho más siniestra cayó sobre él, mientras miraba el eminente

anochece. Sabía que al amanecer tendría que regresar a la tristeza de la calle Nordling, otro universo absurdo disfrazado de primaria. Allá estarían, esperándolo fielmente Jalen y Clemente, *los trasnochados*, como él les decía. Ellos, insignificantes en sus mundos, eran dejados al azar por madres ausentes y padres desaparecidos. También lo estaría esperando el profesor de educación física, saturado por una hediondez nauseabunda. Lo aguardará inquietamente para acariciarle la garganta con su mano de concreto. Cualquier infracción era motivo para estar a solas. La imagen de los ojos rojizos y despavoridos de Wilmar, su amigo salvadoreño, colgado de la mano del monstruo se quemó para siempre en la memoria de Jairo. Cada aprieto exprimía aliento, y mientras esperaba su turno, Jairo sólo lograba detener unas cuantas lágrimas, pero él recordaba la promesa del monstruo. Éste había visto al hermanito, lleno de felicidad y vida, y para salvarlo debería guardar el secreto. Jairo había aprendido a esconder los moretones con su imaginación.

En la vieja cafetería, como todas las mañanas, lo esperaban ilusionados *los trasnochados*. Necesitaban usar la misma tarjeta alimenticia para suplantar el desayuno inexistente en sus casas. El Jairo de hoy parece distinguir el olor de aquel triste combinado...huevos pateados (medio crudos), dos rebanadas de pan y un misterioso líquido anaranjado. Los tres se turnaban para hacer fila y recibir el bendito desayuno. Ellos creían que el negocio pasaba desapercibido, pero estaban equivocados. Los tres conquistaban el gruñido en el estómago gracias a la tierna complicidad de doña Lola, una de las cocineras mejicanas. Con el tiempo, los tres se distanciaron, pero Jairo nunca olvidó sus primeros parceros. Cuando se graduó en 1994, no pudo recordar los nombres de aquellos negritos tan sonrientes y felices, que él había perdido de vista hacía tiempo. Tampoco supo que Clemente había muerto el año anterior en Fairhill, cuando una bala perdida, tan comunes en esa parte de Filadelfia, lo encontró desprevenido. Sin embargo, para ese entonces Jairo ya sabía que lo único peor que ser pobre era ser negro en los Estados Unidos. La historia y el futuro le darían la razón.

De vuelta al Houston de 1986, el anochece lo sorprendió. Él no quería vacilar demasiado tiempo en la oscuridad, porque ya había aprendido que la visión nocturna de los perros del vecindario era infalible. Lo más rápido que pudo terminó de recoger las ganancias, y las metió precipitadamente en la bolsa de plástico que traía. Jairo parecía ver brillar ojos por todas partes mientras el latir de su corazón competía con su respiración agitada para ensordecir los sonidos de la noche que llegaba. A unos cien metros de la entrada a la propiedad de la iglesia, el miedo lo venció. Estaba seguro que los perros estaban sobre él, los sentía a sus espaldas y la respiración artificial de esos caninos lo convencieron...correr sería su única esperanza. Las dos bolsas que llevaba ahora multiplicaban su

peso mientras que el zapato mojado parecía arraigarse a la carretera con cada paso. El frío en su pie intensificaba el de su garganta que ahora ardía enfurecida. Jairo sintió que el silencio de la noche sólo quería decir que los perros estaban sobre él, pero él no paró de correr, la luz del cuarto de su hermanito, a la distancia, no se lo permitió. Corazón, garganta y pie ardiendo, Jairo tropezó con el carril del portón de la propiedad y cayó descontroladamente. En la oscuridad y con la sinfonía de la noche de trasfondo, nadie supo de Jairo, ni lo oyeron llorar de rabia y miedo.

La noche tejana le respiró sobre la nuca y cariñosamente lo convenció a seguir adelante, y, como pudo, siguió. Más que las heridas que llevaba, le preocupaba el pantalón roto que el padre no le perdonaría. Dudó unos instantes antes de abrir la puerta, deseando que su mundo fuera otro y que cada puerta fuera otra realidad, pero no. Guardó las bolsas debajo de la escalera y abrió resignadamente la puerta. Se encontró con el escándalo de un partido de fútbol mexicano y los brazos alegres de su hermanito Edson que corriendo vino a darle una bienvenida calurosa. Los ojos de la madre, al ver tal tristeza convertida en hijo, le aseguró, con sólo la mirada, que el carpintero estaba entretenido con el partido entre los Tuzos del Pachuca y los Monarcas de Morelia. Lo más ágilmente que pudo, se escapó hacia la habitación que compartía con el hermanito a esconder las heridas y el pantalón rasgado. El dolor de las cortadas y los pulmones encendidos, competían ferozmente con el mal olor de las calles. Para evitar que las paredes y la alfombra absorbieran permanentemente semejante hediondez, Jairo se desnudó descuidadamente y volvió a lastimarse las cortadas. Abrió la ventana más cercana y echó hacia la oscuridad pantalón, medias y camisa, sabiendo perfectamente que los zapatos se salvarían porque no tenía otro par. Debajo de su almohada, un pijama descolorido le ofreció poca protección contra la noche invernal.

Buscó a la madre para tranquilizar su estómago y ella le tenía esperando un pequeño bocadillo de jamón, lo último que le quedaba después de cuidar del hermanito y del carpintero. Ella se había acostumbrado a dormir el hambre con café. Dos mordidas y un vaso de agua obraron el milagro, y vencido por las desventuras Jairo empezó a gravitar hacía la luz al final del pasillo nuevamente. Dos colchones de segunda mano y un calentador prestado era lo único que adornaba la pequeña habitación. Tirado sobre el colchón Jairo cerraba los ojos para jugar con todos los juguetes que veía en los anuncios de televisión. Como su imaginación era mucho más rica que sus padres, ningún capricho se le negaba. Los juguetes más extravagantes batallaban incansablemente en su mente, muchas veces los ejércitos de Skeletor eran vencidos milagrosamente por las fuerzas de Mazinger Z y los Felinos Cósmicos. Inmerso en sueño, Jairo podía tocarlos todos. Sobre aquel colchón, nada le era distante, su imaginación podía desviar el final de sus propias historias. En ese, su

mundo privado, los juguetes sólo eran para jugar y no para ser comprados y sus aventuras no eran limitadas a la calle Yale. En esos momentos el olor a calle desaparecía.

Sin embargo, esos sueños felices estaban predestinados a terminar. Edson lo había buscado desesperadamente hasta encontrarlo tirado en el cuarto. Sin importarle la gravedad de la naciente batalla en el otro mundo de Jairo, Edson lo sacudió y lo regresó de nuevo a *Sunset Gardens*. Al abrir los ojos, Jairo vio una cara sonriente, y la luz del techo produjo un efecto espectacular, un aura parecía emanar de él. Jairo no pudo resistir y lo abrazó bruscamente con suficiente fuerza como para que los dos empezaran a rodar sobre la alfombra. La batalla monstruosa del mundo lejano de Jairo ahora se trasladó a una casa portátil en el norte de Houston. Esa guerra era lo que Edson había esperado. Un huracán de carcajadas y cosquillas entre los dos que provocó un bramido atronador del carpintero. La madre se acercó a la bulla y frente a tanta despreocupación se pudo percibir, apenas visible realmente, una sonrisa tierna sobre su rostro curtido. Segundos después, al caer totalmente la oscuridad de la noche tejana, ella los mandó a dormir, ya que no hay mejor prevención para el hambre.

Esa noche, Jairo regresó a su mundo favorito, donde existe una alianza entre León-O y el ejército de Optimus Prime. Sólo que esa noche también apareció entre la historia cósmica, la perversa mano de una bestia chueca. En ese sueño, un hombre monstruoso pero conocido, lo miraba incómodamente. Tosco y de edad indefinida, sus ojos lo traspasaban. Ojos ensangrentados, llenos de sed indeterminada, se le acercaron, y entonces ni los ejércitos de los Autobots podían protegerlo. Sintió los ásperos dedos del monstruo acariciando su garganta, y violentamente inhaló e interrumpió la pesadilla. Jairo, sentado en oscuridad absoluta, respiró intranquilo durante varios minutos, el dormir como el comer quedarían para otra ocasión. Si cerraba los ojos los dedos reaparecían. De esa manera permaneció por un tiempo, después el sol tejano comenzó a nacer, lo cual fue para Jairo un cruel recordatorio de que el lunes había llegado.

El carpintero sonó su nariz, como todas las mañanas, y el día había comenzado oficialmente. Jairo, ahora convertido en un *trasnochado* también, esperó la salida del carpintero para entrar en el único baño de la casa. Jairo sólo tenía unos quince minutos para prepararse, porque, el carpintero siempre salía de su casa a las 6:35 de la mañana, destino desconocido. Con la mochila en mano, Jairo se despidió de la madre y de su hermanito, y salió resignado hacia la camioneta del carpintero. El viaje a la escuela en Nordling duraría unos minutos, y como casi todos los días anteriores, Jairo sería el primero en llegar. El carpintero le dirigió sólo una palabra en voz reposada y sin sentimiento, la de siempre... "Adiós".

Jairo saltó de la camioneta con entusiasmo porque conocía la impaciencia del carpintero (una vez esta despegó antes de que él estuviera del todo preparado). Jairo se dirigió inmediatamente hacia las puertas cerradas de la cafetería, donde en unos veinte minutos doña Lola le haría el primer favor descomunal. Ya para las siete y quince comenzaría a despertar la escuela, y muy pronto el gimnasio, los pasillos y las aulas estarían llenas de vida y alboroto. También estaría rejuvenecido el monstruo de la madrugada, bramando, esperando el momento preciso para acariciar las frágiles gargantas de los más pequeños...como aquellos que viven en *Sunset Garden*.